

La responsabilidad de contribuir*

Robert Matthews
Investigador Asociado
Programa de Paz, Seguridad y Derechos Humanos
FRIDE

Introducción

Actualmente tenemos la fortuna de no estar viviendo las terribles guerras que asolaron Europa en los siglos XIX y XX. Si bien la naturaleza de los conflictos ha cambiado, la devastación y el sufrimiento de las guerras locales, la violencia y la confrontación continúan activos en decenas de zonas de conflicto, y afectan a millones de personas en el mundo. Además, muchos millones más sufren multitud de privaciones que afectan a sus necesidades humanas más básicas, así como a su bienestar psicológico y moral. El sistema internacional, que ha operado para prevenir otra guerra mundial, resulta, sin embargo, una criatura frágil a la hora de enfrentar los conflictos actuales.

El perfil del problema

Las recientes revueltas en unos cuarenta países por el acceso a y la subida del precio de los alimentos nos tomaron por sorpresa y nos hicieron conscientes de la precariedad de nuestro sistema internacional para, incluso, cubrir las necesidades básicas de la vida. La subida del precio de los alimentos pone de relieve tres cuestiones:

- 1) **Primero**, que aunque hemos visto avances científicos y hemos experimentado una omnipresente modernidad, vivimos en un mundo aún aquejado por problemas básicos que afectan a las necesidades humanas, como el acceso diario a alimentos;
- 2) **Segundo**, que la globalización de la economía, los mercados, las finanzas y el empleo no está proporcionando una vida digna a centenares de millones de personas, debido, o a pesar de, las interconexiones económicas globales, y está impactando negativamente sobre los estratos más débiles de la cadena económica y social.
- 3) **Tercero**, que a menudo existe, aunque no siempre, un vínculo entre privación económica e injusticia social, por un lado, y conflicto, violencia e insurgencia, por otro.

Vivimos en un mundo en el que viejos problemas -pobreza, hambre, desigualdad, desempleo, falta de acceso a aquello que implica calidad de vida: educación, servicios de salud y vivienda, entre otros- están interactuando con problemas nuevos o con el resurgimiento de viejos problemas que adoptan nuevas manifestaciones. Por ejemplo, me refiero a áreas tales como la crisis medioambiental, el retorno a sociedades y Estados fragmentados por fracturas relativas a la identidad (nacional, étnica o religiosa), racismo, confrontaciones y competencia por recursos de primera necesidad y por los servicios estatales básicos y el empleo (como hemos visto en las últimas semanas en Sudáfrica). Estamos entrando también en un período de dura competencia entre Estados por los recursos energéticos, en un momento en que el precio del petróleo alcanza niveles inimaginables hace muy poco tiempo.

* Este comentario se basa en una presentación que hizo Robert Matthews ante la Assembleia da República, Lisboa, Portugal, el 25 de junio de 2008.

La cuestión es que a nivel humano, el nivel de la mayoría de las personas, el sistema no está funcionando. El problema es también que nuestros líderes han malgastado el período de transición entre el fin de la Guerra Fría y el inicio de un nuevo e incierto orden cuando todo estaba cambiando. La atención podría haber girado hacia los problemas políticos, religiosos, económicos y sociales de los países en desarrollo, sin el condicionante y la distorsión de la rivalidad bipolar Este-Oeste, sin el cuadro congelado de enemigos que distraía nuestra atención y paralizaba la acción durante casi medio siglo desde la II Guerra Mundial. Actualmente, el enemigo no es tanto ideológico, sino que lo son las propias condiciones en las que vive la mayor parte de la población del mundo, que pueden sintetizarse como desigualdad y una falta general de justicia social.

Esto incluye males físicos, como la enfermedad, el hambre y la privación de recursos, así como barreras económicas y sociales al acceso a cierto bienestar: analfabetismo, pérdida de oportunidades de educación, exclusión política, discriminación religiosa, étnica y sectaria, y desigualdad económica y social, entre otras. Damos por descontado que todas ellas han existido durante –e incluso antes de– la Guerra Fría, pero actualmente deberían haber saltado a primer plano. En su lugar, nuestra atención se ha desviado, primero, a lo que en Estados Unidos ha sido calificado como narco-terrorismo, y después terrorismo islamista/yihadista –que se ha deslizado para ocupar el espacio vacante que tuvo el comunismo durante la Guerra Fría. Esto ha estado acompañado por una demasiado familiar disposición a aplicar una respuesta militar. Es lo que algunos han llamado “el romance de lo despiadado”.

Este es el contexto del problema que estamos tratando aquí: las viejas dificultades todavía están ahí –y la crisis alimentaria está demostrando que renacen con nueva fuerza–, mientras que el sistema internacional –o la política elitista de relaciones entre Estados y la economía global– está evolucionando rápidamente, pero con pocos signos capacidad para abordarlos. Los retos sociales, económicos y culturales que enfrentamos hoy en el mundo en desarrollo representan un recrudecimiento, con nuevas y más perniciosas consecuencias, de los viejos problemas de la pobreza, los conflictos internacionales sobre los recursos, y la desintegración de sociedades débiles que vimos durante las décadas de los 1980 y los 1990. Y aún tenemos pendiente enfrentar estos desafíos de forma adecuada. De hecho, la obsesión con el terrorismo como la amenaza única y primordial del siglo actual ya ha tenido un efecto perjudicial en el mundo en desarrollo. Situar el antiterrorismo en el centro de la seguridad nacional, de hecho, ha subordinado los problemas estructurales y, en último término, más peligrosos, tales como: 1) el conflicto étnico y religioso; 2) la gestión deficiente del medio ambiente; 3) la lucha por los recursos; y 4) la acusada pobreza y la marginación persistente de las poblaciones del mundo. Estos problemas constituyen las raíces de los conflictos presentes y futuros y que, si se deja sin atender, puede traer terribles consecuencias económicas y políticas para todos nosotros.

Consecuencias: ¿Cuáles son las consecuencias que podemos prever desde este momento?

1. **Inestabilidad global.** Además de las mencionadas revueltas por el precio de los alimentos, vemos migraciones masivas, conflictos en unos 30 países, áreas de intenso conflicto –Irak, Afganistán-Pakistán, Oriente Medio y África subsahariana–, y millones de desplazados y refugiados (Sudán), por enumerar sólo algunos ejemplos. Además, se extiende el radicalismo yihadista y ese fenómeno de finales del siglo XX-siglo XXI: terrorismo sin Estado y descentralizado, como el de Al Qaeda. Y su contraparte: la Guerra contra el Terrorismo de Estados Unidos.

2. **Menor margen de maniobra para Estados Unidos y Europa.** Existe un menor poder de Occidente en áreas de conflicto y, como estamos viendo en Irak y Afganistán, menos capacidad para imponer su voluntad. Oriente Medio es otro ejemplo. Estados Unidos ha perdido la credibilidad para ser un mediador honesto y Europa, que debería estar desempeñando un papel

más activo, subordina su interés natural en estos lugares a Estados Unidos y las relaciones transatlánticas. Al menos por ahora, Europa parece haber perdido enteramente la iniciativa en la región. Y el voto en contra del Tratado de Lisboa por parte de Irlanda hace dos semanas no ha ayudado.

3. El sistema internacional bajo asedio. El sistema que se organizó después de la II Guerra Mundial y sintetizado por las Naciones Unidas ha sido seriamente debilitado, aunque no de forma irreparable, por el unilateralismo arrogante de Washington y su actitud de “estás con nosotros o con los terroristas”. (La verdad es que el péndulo puede estar de vuelta después del desastre de Irak y la escalada de la violencia en Afganistán). Pero Europa ha tenido un papel en socavar este sistema internacional de consulta y consenso en el esfuerzo de prevenir conflictos. Y -la Unión Europea tiene que tratar con su propia crisis interna de credibilidad en relación al proyecto común. Esto, pese al hecho de que el proyecto de la UE contempla valores consensuados como la cooperación internacional, la colaboración, la solidaridad entre partes dispares, la integración y la unidad sin perder la diversidad, la democracia con un esfuerzo hacia la equidad social y el respeto por los derechos humanos. Existen tendencias contrarias que erosionan este modelo, entre ellas la fragmentación interna, las políticas chauvinistas hacia los inmigrantes y una visión de las libertades privadas por encima de los bienes comunes. Debería preocuparnos que este modelo deje de ser un ejemplo para los países en desarrollo.

Debe prestarse especial atención a cuestiones de paz y conflictos en la política exterior europea.

En el escenario actual la posibilidad de que haya una nueva oleada de conflictos armados es muy alta.

Pueden asumir nuevas y diferentes formas. Por ejemplo, guerra irregular de guerrillas entre actores estatales y no estatales que se enfrentan de formas dinámicas y cambiantes -como hemos visto en Líbano; conflictos urbanos violentos que involucran a millones de jóvenes desempleados, como el fenómeno de las pandillas violentas desde San Salvador y Ciudad de Guatemala a Liverpool, las calles de Moscú y los callejones de los territorios palestinos. Existen conflictos entre residentes pobres e inmigrantes pobres, como hemos observado, por ejemplo, en Sudáfrica.

Somos testigos de conflictos por los recursos naturales, así como de guerras más tradicionales por el control territorial y movimientos de liberación nacional, como en Palestina, que incluye conflictos por recursos, como el territorio y el derecho al agua, que están muy lejos de ser resueltos. Estos conflictos inevitablemente conducen a violaciones de los derechos humanos y, por tanto, a la posibilidad de más intervenciones humanitarias, y quizá más fuerzas de mantenimiento de la paz bajo el principio general de la “Responsabilidad de Proteger”.

**¿Por qué debe importarle a Europa/Portugal?
¿Qué podemos hacer? ¿Qué instrumentos tenemos a nuestra disposición?**

Europa, más que Washington, continúa prestando más atención a la prevención de conflictos que a la reacción ex post facto en los Estados frágiles, en descomposición o fallidos. Se trata claramente de un enfoque más complejo y lleno de retos. Mucho más que Estados Unidos, Europa tiende a tratar la pobreza y la desigualdad como problemas de raíz, y sitúa la seguridad como un elemento de alguna forma contingente. Este énfasis en el desarrollo, al margen de la seguridad, aunque modificado en el mundo post 11-S, continúa constituyendo una posición distintiva, que también existió durante la Guerra Fría. Dentro de Europa, Dinamarca y Suecia han estado más orientadas hacia la ayuda al desarrollo que, por ejemplo, España y Portugal. La ayuda al desarrollo es en último término más importante que lograr un alto el fuego o acuerdos de paz, debido a la alta tasa de retorno al conflicto.

Sin embargo, en su conjunto, Europa ha seguido demasiado de cerca el ejemplo de Estados Unidos al concentrarse en problemas de terrorismo y seguridad nacional más que en el desarrollo. Europa ha estado muy dominada por las líneas establecidas desde Estados Unidos al definir su guerra global contra el terrorismo y al enfocarse en aquellos países que parecen representar la mayor amenaza terrorista, por ejemplo los de Oriente Medio. La mitad de los fondos de la UE en Irak están dirigidos al componente militar y la mitad restante hacia la ayuda multilateral. Finalmente, a pesar del crecimiento en los Estados frágiles/fallidos, que actualmente se aproximan a los 50, y a un aumento del interés y la atención, no existe demasiada evidencia de que, en conjunto, se haya registrado un aumento en los presupuestos de la UE destinados a la ayuda a los Estados fallidos.

Sí. Europa ensaya y promueve un modelo democrático moderno, razonable (si puedo utilizar la palabra “civilizado”). Muestra su mejor cara: promover la democracia, la defensa de los derechos humanos, contribuir de forma modesta a la construcción de la paz y la seguridad humana y proclama elogios de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (la iniciativa de la ONU para reducir la pobreza). Debe, empero, hacer más. Por supuesto, Europa debe equilibrar los ideales con las capacidades, su visión política con los instrumentos para diseminarla. Un enfoque efectivo en zonas de conflicto debería combinar la viabilidad con la inspiración. Mientras que tengamos que recurrir a la coerción donde y cuando sea absolutamente necesario, siempre existirá una disposición a negociar –como John F. Kennedy dijo: “Nunca debemos negociar con temor, pero no debemos temer negociar”. También debe existir un entendimiento de las necesidades locales, y la voluntad de enfrentar el difícil trabajo de la reconstrucción y la consolidación del Estado. En el caso de Afganistán, un enfoque militar ha acabado malogrando incluso la seguridad porque el esfuerzo de la OTAN, liderado por Estados Unidos, ignoró las necesidades locales básicas. Las tácticas y las estrategias necesitan alinearse. Si la estrategia central es ganar los corazones y las mentes de la población, entonces los bombardeos aéreos con daños colaterales sobre los civiles son probablemente una táctica errónea.

En Europa debemos reconocer el potencial de la hipocresía. Existe la tendencia egoísta e interesada de cerrar las puertas a los bárbaros (esto es, los inmigrantes en busca de una vida mejor), mientras que trata de arrebatar todas las oportunidades en el mundo del que vienen esos inmigrantes. En el caso de los aplaudidos Objetivos del Milenio, el dinero ha llegado despacio y los países industrialmente desarrollados han sido lentos a la hora de cumplir sus promesas.

Europa y Estados Unidos aún pueden desempeñar un papel dual de acomodarse a la realidad de la competencia con otras potencias cuyo comportamiento no refleja necesariamente el de la UE: (Estados Unidos, China, Rusia), mientras que repiten la elevada retórica de la democracia y los derechos humanos, etc. La cuestión es si nosotros en Occidente despertaremos a estas contradicciones demasiado tarde.

Respecto del mantenimiento de la paz y la construcción de la paz como respuesta a situaciones de conflicto, un comentario general: sobre el eje Coerción versus Atracción, Europa puede argumentar que se inclina más hacia el segundo. La contribución que Europa/Portugal puede hacer al mundo de la resolución de conflictos y la consolidación de la paz es proyectar el modelo europeo y utilizar los instrumentos del llamado “poder blando” (soft power) de la persuasión más que de la coerción. Europa y la UE pueden sentir que carecen de poder en asuntos internacionales, pero el poder es la capacidad de lograr los resultados que uno desea, y en el mundo actual, como han mostrado los últimos siete años, los contextos del poder son complejos: no sólo en lo militar, sino además en lo económico, político y moral. Y a menudo depende de la voluntad de ejercer estos elementos, que el académico estadounidense Joseph Nye denomina “poder blando”. Ello incluye especialmente la atracción, credibilidad y legitimidad del modelo europeo: una economía de libre mercado limitada con la garantía estatal de la justicia social y la seguridad social para limar las asperezas de la desigualdad capitalista. El poder último de Europa en las relaciones internacionales descansa en este modelo y el reconocimiento concomitante de los aspectos no militares de la construcción de la paz.

Un mundo en transformación

Estados Unidos parece -al menos, en la presente coyuntura- estar en dificultades económicas, si no debilitado a corto plazo; China e India están ciertamente en crecimiento; Rusia ha vuelto con fuerza económica y militar y sus intereses geopolíticos y económicos (estos últimos especialmente debido a sus recursos de gas y petróleo) y su influencia está en expansión. Los países emergentes (por ejemplo, los del foro IBSA -India, Brasil y Sudáfrica) aumentan su peso económico y diplomático en sus respectivas zonas de influencia y logran mayor impacto en las negociaciones multilaterales, como en la Organización Mundial de Comercio (OMC). Se están produciendo cambios en el sistema económico actual hacia una mayor descentralización, alianzas regionales y nuevas hegemonías regionales (por ejemplo, China en su esfera de influencia), Irán en el Golfo Pérsico y en Oriente Medio. El sistema económico global (incluyendo el comercio y las finanzas) parece apenas controlable. La privatización global entorpece respuestas coordinadas. Por ejemplo, al enfrentar la actual crisis de escasez de alimentos o los precios insosteniblemente altos, la competencia entre compradores, vendedores, especuladores y aquellos que precisan los alimentos es tal que se desoye el llamamiento de las organizaciones multilaterales en favor de la coordinación.

En paralelo, hay una revolución de crecientes expectativas en un mundo de comunicaciones globalizado -que alimenta el escepticismo, cuando no la hostilidad abierta- hacia la vieja política y los partidos tradicionales. Las palabras del ex consejero de seguridad nacional Zbigniew Brzezinski pueden fácilmente aplicarse a Europa: "Hace falta que enfrentemos directamente una nueva realidad global de primordial importancia: que la población del mundo experimenta un despertar político de dimensiones e intensidad sin precedentes que conduce a que la política del populismo esté transformando la política del poder. Indígenas, campesinos y trabajadores en América Latina, como sus homólogos en Asia y Oriente Medio, definen cada vez más sus objetivos en oposición a las políticas de los países desarrollados, especialmente Estados Unidos".¹

Entonces, ¿qué papel les cabe a la UE y Estados Unidos?

Aunque vivimos en un mundo de poderes en competencia, también hace falta que reconozcamos que la seguridad no es sólo militar, y, más importante, que incluye otros aspectos, como la seguridad humana, que a su vez incluye seguridad en el empleo, seguridad alimentaria, seguridad en la salud, seguridad de género, seguridad ambiental, el derecho al acceso a los bienes garantizados por el Estado y, en último término, por la comunidad internacional. En este sentido, países como Estados Unidos y sistemas políticos como el de la UE, Canadá, Australia y, crecientemente, China, Rusia y las potencias emergentes de India, Brasil y Sudáfrica tienen todos ellos una gran responsabilidad.

Estos objetivos son inherentes a un proceso duradero de construcción de la paz. Como ocurre con la contrainsurgencia, el primer objetivo de la construcción de la paz es obtener el control de la población ganando su apoyo. Inmediatamente, esto puede significar dar seguridad, trabajando en tándem con la policía local y las fuerzas de seguridad. Pero en el largo plazo, sólo enfrentando directamente los asuntos sociales y económicos podemos esperar secar las fuentes de la violencia y el terror que amenazan a las personas en las zonas de conflicto. Los que simpatizan y se unen a grupos violentos a menudo se ven motivados por un deseo básico de lograr cierto grado de justicia social y económica en sus vidas. Actuar de manera concertada con las poblaciones locales para asegurar su dignidad y bienestar crea una base sólida para la construcción de la paz.

¹ *The American Interest*, vol. 1, No. 1, Autumn 2005, p. 37.

Cualquier campaña para promover la libertad y la democracia con el fin de combatir la violencia y el terrorismo, y así sentar las bases de la resolución de conflictos -un enfoque aplaudido y secundado por los países industrializados occidentales- debe incluir algo más que simplemente democracia política. Las elecciones sin justicia social y económica no resolverán los problemas de muchos países y son incapaces de solucionar las cuestiones que aquejan a los Estados fallidos, la limpieza étnica o la violencia intestina.

Nuestras responsabilidades generales

Todo esto puede resultar obvio, pero necesitamos reflexionar al respecto. Debemos actuar antes de que estos problemas estén fuera de control y se vuelvan irresolubles (como parece ser el caso de la producción de droga, el narcotráfico y el cambio climático). Ya disponemos de las herramientas: cooperación internacional, ayuda humanitaria, programas de gobiernos nacionales (europeos), multinacionales y ONG, entre otros. También disponemos de los fondos para canalizar asistencia de emergencia y a largo plazo. Igualmente, disponemos de diplomáticos y expertos para mediar en las crisis, promover la paz y ayudar a resolver conflictos internacionales. Pero todo ello debería replantearse y reconsiderarse en un contexto más amplio. Por ejemplo, debe examinarse la ayuda en relación a las inversiones y el flujo de capitales -legales e ilegales. No tiene sentido prestar ayuda al país X y permitir que inversiones europeas privadas y públicas apuntalen dictaduras, la explotación humana y la destrucción ambiental en el país Y. Necesitamos ver si hemos creado sistemas en provecho propio, puertas giratorias de la ayuda que retorna a Europa, promoviendo y ayudando a nuestras ONG y adormeciendo nuestras conciencias, más que prestando la ayuda que necesitan a aquellos que la reclaman. (Esta es la acusación que, por ejemplo, muchos afganos alegan actualmente a la ayuda occidental).

Los europeos deben tener planes estratégicos concretos, y no simplemente lanzar ayuda de forma desigual, inconsistente y descoordinada. Y debemos recordar que cada país por sí solo no puede hacer esta tarea. Por tanto, además de planes precisos, un elemento esencial es infundir nueva fuerza, reforzar y hacer más efectivo el sistema internacional: esto incluye no renunciar a la esperanza de la integración europea, el fortalecimiento del sistema de la ONU y otros sistemas institucionales regionales como la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Unión Africana. (Y si se me permite añadir, rechazar la propuesta del candidato a la presidencia de Estados Unidos John McCain de una Liga o Concierto de Democracias, que estaría dominado por Estados Unidos y en última instancia socavaría a la ONU y a otras instituciones multilaterales - ¿quizá ese sea su objetivo?)

Responsabilidades Estados Unidos - Unión Europea

Se abre un periodo interesante e importante. Las elecciones presidenciales en Estados Unidos pueden llevar a la Casa Blanca a un presidente que represente un cambio político, social y generacional en ese país (con la creciente influencia de gente de color y minorías, incluyendo a los afro-americanos que hace tan sólo cuarenta años todavía luchaban por sus derechos civiles) y, muy probablemente, un cambio en la noción estadounidense de "poder blando" en las relaciones internacionales. Después de una década de conducta frecuentemente vergonzosa, Estados Unidos puede reintegrarse a la comunidad internacional con una menor compulsión a dirigir de forma arrogante, convirtiéndose en una nación más -aunque poderosa-, pero sin embargo, una entre las demás. Sin duda, se mantendrá, pese a la crisis económica interna, como una nación militarmente fuerte y económicamente poderosa, con capacidad para resolver sus problemas internos y cooperar en la resolución de los numerosos problemas del mundo. Es un momento de colaboración mutua, también con países de fuera de la UE (como Noruega y Canadá), al igual que con las potencias emergentes y otros actores que pueden fortalecer a la ONU. Sería una oportunidad para reflejar cómo colaborar mejor en iniciativas de paz, lo que incluye prevención de conflictos, gestión de crisis, reconstrucción posconflicto y consolidación del Estado en Estados frágiles.

En paralelo, Estados Unidos ha desarrollado ya una política más nivelada e inclusiva hacia “la vieja Europa”, el epíteto con el que el secretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld calificó a Europa Occidental. La opinión europea rechaza en términos generales la búsqueda agresiva del interés geopolítico por parte de la administración Bush –empaquetado como una especie de idealismo redentor del siglo XXI. Los europeos son prácticamente inmunes al moralismo estadounidense promovido hasta ahora tediosamente y que culminó en la idea de “democracia por coerción”, en lugar de a través del ejemplo. La opinión pública de Portugal y la mayor parte de Europa siente hoy una obligación moral de difundir los elementos del “poder blando”, una visión más inspiradora y convincente de la democracia y las ideas sociales europeas. Ello, a su vez, se ve como la mejor garantía de paz y seguridad nacional.

Es el momento de iniciar el diálogo con Rusia y China, no sólo en el lenguaje de la seguridad nacional y los objetivos de la OTAN, sino abriendo un discurso pragmático basado en intereses comunes. Lo mismo es aplicable a Irán, donde hace falta rebajar la temperatura internacional. Más amenazas sólo contribuirán a endurecer aún más su posición. En su lugar, debe haber un diálogo regional con los vecinos y aliados de Irán para explorar si hay un terreno común en el que basar un acuerdo. También es tiempo de una reflexión seria sobre las políticas de apoyo a gobiernos que, lejos de aportar estabilidad, son una fuente de inestabilidad y un gran peligro en sus regiones. Muchos en Europa creen que este es el caso de los recientes gobiernos de línea dura en Israel. A pesar de ser un país democrático y aliado en los esfuerzos antiterroristas, se considera a Israel como un obstáculo –especialmente en relación a sus políticas de asentamiento– para resolver lo que parece un conflicto intratable con Palestina, y no contribuye a resolver la disputa nuclear con Irán por su respuesta agresiva a la hostilidad iraní.

El diálogo debe ser continuo, pragmático y realizado a nivel oficial gobierno a gobierno con instituciones multilaterales y la sociedad civil. Es momento de aprovechar las oportunidades y, como ocurrió después de la Guerra Fría, no debemos dejar que se nos escapen.

Bajo el enorme poder militar de Estados Unidos (que representa casi la mitad de los gastos de defensa mundiales), actualmente hay unos 500.000 soldados estadounidenses en activo con 400.000 tropas desplegadas en unos 135 naciones alrededor del mundo, esto es, un 70% de los países. Sus tareas abarcan desde operaciones de combate a mantenimiento de la paz, pasando por entrenamiento a ejércitos extranjeros. Además, figuran unos 100.000 contratistas civiles que realizan tareas militares y unos 20.000 integrantes de fuerzas de seguridad privadas en situaciones de conflicto, desde Irak a Colombia). A pesar de este enorme aparato militar en las manos de un sólo país, el mundo es complejo y multipolar. Las relaciones transnacionales incluyen áreas de preocupación para todos, no menos para Europa y Portugal: conflictos que crean ondas con efectos expansivos. Las guerras por recursos, los conflictos étnicos/religiosos, los combates por la autodeterminación y las luchas por la justicia social, pandemias, cultivo de droga y narcotráfico, y terrorismo internacional no están desconectadas de la seguridad energética, cambio climático, políticas de inmigración sensatas, estrategias de antiterrorismo, antinarcóticos y consumo de droga. En resumen, en el mundo globalizado de hoy la inseguridad en un punto cualquiera puede incidir en la seguridad –en una u otra medida– en otro lugar.

Por tanto, lo que ocurre en un lugar puede afectarnos a todos. Sin embargo, vemos que podemos influir, aunque no controlar, otras partes del mundo. Pero también hallamos que el poder militar es una pequeña parte de la solución; hay otras herramientas en el arsenal de Occidente que pueden finalmente resultar más efectivas para forjar la paz que la burda represión o la confrontación violenta, el estoque de la ayuda matizada y contextualizada más que el contundente uso de la fuerza militar. Objetivos como la promoción de la democracia, el Estado de derecho y los derechos humanos, por ejemplo, se logran mejor a través del poder blando. La política estadounidense de “democratización coercitiva” ha revelado sus límites, tal como la administración Bush lo ha vivido en Irak. De hecho, con la erosión de la credibilidad estadounidense, el amplio ejercicio de la democratización, especialmente en el mundo musulmán, ha sido retrasado por identificarse con lo que se percibe como una democracia con fallas en Estados Unidos, su desdén por la legalidad internacional y su historial de derechos

humanos en el exterior. Europa necesita pensar más en atraer con sus ideas y menos en secundar el ejemplo de la administración Bush de repeler por la fuerza a aquellos que no comparten sus propias ideas.

En concreto, esto incluye aplicar los instrumentos clásicos del poder blando a las situaciones de conflicto y posconflicto. Algunos ejemplos incluyen la comunicación multinivel: diplomacia pública, radio y televisión, programas de intercambio educativo y cultural, cooperación entre ONG y diálogo dentro de la sociedad civil - contactos cara a cara. Pero también: cooperación al desarrollo, ayuda en desastres, asistencia a la seguridad: entrenamiento ejército a ejército y ayuda a la reforma judicial y de la policía. Estas medidas necesitan ser verdaderamente eficaces. El mejor ejemplo del fracaso occidental a la hora de proporcionar una ayuda suficiente y de forma coordinada dentro de la estrategia global es Afganistán.

Actualmente, la noción de poder blando y sus aplicaciones es una idea difícil de apoyar políticamente en Estados Unidos, más que en Europa. Desde los atentados del 11-S, la administración Bush ha utilizado el miedo magistralmente con fines de política interna, mientras exportaba el miedo y la indignación en lugar de nuestros valores más tradicionales de esperanza, optimismo y fe en el progreso de la humanidad. Guantánamo se ha convertido en un ícono global más poderoso que la Estatua de la Libertad.

Esto puede cambiar a partir de noviembre. A la luz de los recientes fracasos del "poder duro" Estados Unidos puede estar listo ahora para aceptar las estrategias del "poder blando". Washington debe restaurar a cualquier precio sus alianzas, asociaciones y posición en las instituciones multilaterales. Muchas se han deteriorado en los últimos años de unilateralismo de Estados Unidos y será esencial realizar una nueva inversión en estas instituciones. Europa debe estar preparada para este cambio y transformar su propio enfoque, que ha secundado el liderazgo de Estados Unidos demasiado cerca desde 2001.

Conclusión

Europa, como Estados Unidos, debe invertir en el tratamiento de conflictos a través de la arraigada y extendida forma de democracia social, esto es, libertad política y gobiernos representativos, junto a la seguridad humana local, justicia social y razonables oportunidades de progreso material. En último término, si el ejercicio de la democracia como alternativa al conflicto va a ser algo más que un simple adorno para ocultar los -por otra parte- transparentes intereses hegemónicos, debe aspirar a más que unas elecciones periódicas. Por encima de todo, cualquier definición verdadera de la democracia debe incorporar un componente estructural más profundo en el que se englobe la idea de justicia social. Ello incluye esfuerzos globales serios para reducir la pobreza, la desigualdad económica y la marginación, y promover en su lugar un crecimiento equilibrado, integrado y ambientalmente sostenible.

Lo que todos nosotros debemos perseguir, por tanto es la "democracia sostenible" -por ejemplo, viable y de largo plazo que permita el actual desarrollo económico, pluralismo político y, en última instancia, seguridad humana -no sólo nacional- sostenible, objetivo demasiado a menudo buscado solamente a través de los despliegues militares. Un camino hacia la paz pavimentado con guerra y destrucción, aunque tenga éxito superficialmente, necesita cuestionarse porque es una quimera a corto plazo. La fuerza puede ser necesaria en determinadas circunstancias. Pero la clave aquí es crear bases sólidas para un Estado integrado, legítimo y funcional, el producto final del esfuerzo de construir la paz y construir o reconstruir Estados fracturados. Y esas bases sólo pueden crearse de forma apropiada y acertada a través de un conjunto coordinado de medios no militares. Europa tiene la cultura política y el marco histórico e ideológico para responder a la complejidad de los desafíos del conflicto actual con un conjunto de estrategias de complejidad equivalente, pero integradas y coordinadas. En este sentido, Portugal, como parte de la óptica europea sobre conflicto y construcción de la paz, puede ayudar a definir el camino.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org